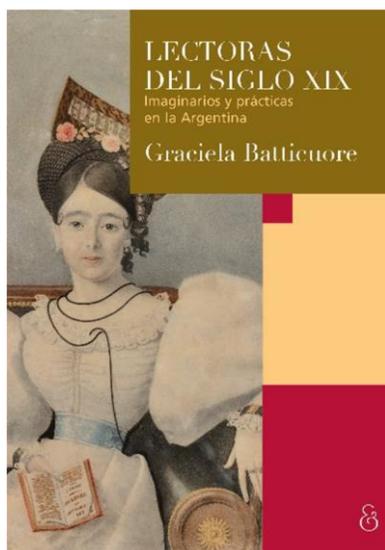

SOBRE *LECTORAS DEL SIGLO XIX. IMAGINARIOS Y PRÁCTICAS EN LA ARGENTINA*, DE GRACIELA BATTICUORE

María José Schamun
Universidad de Buenos Aires
mjschamun@gmail.com



∞

Lectoras del siglo XIX. Imaginarios y prácticas en la Argentina, de Graciela Batticuore; Buenos Aires: Ampersand, 2017; 176 pp.; ISBN 978-987-4161-02-4.

El siglo XIX fue un período de grandes cambios en cuanto a la participación de la mujer en diversos espacios de sociabilidad. En gran medida, su posibilidad de compartir veladas y conversaciones en las que se discutían temas de relevancia para la sociedad estuvo sujeta a la educación de la que habían gozado y que estaba íntimamente vinculada a sus lecturas. Los textos a los que las mujeres accedían determinaban el tipo de ideas que manejaban y la forma en la que concebían el mundo. Si bien podría decirse lo mismo de los lectores varones, los textos a los que tenían acceso unas y otros no eran los mismos.



Graciela Batticuore realiza en *Lectoras del siglo XIX* un estudio sobre la figura de la mujer lectora a partir del análisis de prácticas y figuraciones, tanto en las artes (literatura, pintura y cine) como en la vida cotidiana (con ejemplos de epistolarios concretos). El planteo es simple y seductor: las lecturas construían tipologías de mujer y, por lo tanto, posibilidades de intervención en el mundo. Ahora bien, ¿qué mundo construían esas lecturas? ¿Qué posibilidades abría o cerraba la lectura de cierto tipo de textos?

Con el fin de explorar las oportunidades que la lectura ofrecía a las mujeres del siglo XIX, el libro se divide en tres capítulos, en cada uno de los cuales se aborda un tipo de lectora diferente, que se distingue a partir del material que lee. De este modo, la lógica del texto se repite en cada uno de los capítulos y el abordaje se presenta como una constelación de relaciones entre sujetos y prácticas que los vinculan.

El primer capítulo es “La lectora de periódicos” y trabaja con varios cuadros de pintores argentinos en los que se representan escenas de lectura de las que participan mujeres. Los trabajos de Prilidiano Pueyrredón y Benjamín Franklin Rawson se complementan con los retratos de Carlos Enrique Pellegrini, así como con notas de los periódicos y escenas de la literatura del período romántico. El capítulo recorre, a partir de estos materiales, diferentes prácticas y su valoración en la sociedad en base al modo en el que son representadas, los espacios a los que se asocian y las personas que participan de ellos. En el caso específico de la lectura de periódicos, esta se presenta como una práctica hogareña en la cual domina la figura masculina, leyendo o dejando leer (a escondidas, por ejemplo); mientras otras fuentes muestran una demanda de parte del hombre de una lectura minuciosa y analítica que pueda proveer de detalles valiosos para la situación personal (en todos esos casos se trata de figuras públicas activas en el campo de la política). En una época signada por la lucha facciosa y su violencia, los periódicos se volvieron el campo de batalla donde las ideas luchaban por imponerse, y la mujer, circunscripta al espacio hogareño, no debía mezclarse con los asuntos públicos. A partir de este contraste entre espacios, en el arte se efectúa una distinción entre la “lectora culta” y la lectora que podríamos llamar popular, o sea, entre la mujer de su hogar que lee cartas y novelas, y la mujer de mundo que lee y escribe publicaciones periódicas. Las primeras aparecen en las representaciones pictóricas, mientras que las segundas suelen aparecer como personajes de la literatura e incluso de los mismos impresos asociados con actividades cuestionables desde la moral burguesa (como la agitación pública o la prostitución).

Siguiendo con las ideas planteadas en el primer capítulo, “La lectora de cartas” retoma esas escenas que se recrean en las correspondencias personales en las que personajes políticos relevantes intercambian información (o la demandan) con sus esposas o prometidas. En estos dos primeros capítulos, el accionar de las mujeres en la vida política quedará dentro de los muros del hogar, pero tendrá influencia por fuera de ellos. Los enfrentamientos que se plantean en las páginas de los periódicos y que las corresponsales transmiten a sus queridos se mezclan, en las páginas de las cartas, con las expresiones de amor. Tanto uno como otro tema implican una carga de pasión muy fuerte que solo se le permite expresar a la mujer en la intimidad (y siempre con ciertos reparos). De esta manera, las pasiones quedan contenidas por los muros y los sobres, pero logran diseminarse de todos modos. El capítulo plantea la posibilidad de “erotización de la mujer” como el mayor peligro al que temían los guardianes cuidadores de la moral pública. La capacidad de la escritura amorosa de exaltar los ánimos y hacer perder la paz al hogar implicaba un serio peligro social. En el extremo opuesto a estas representaciones se hallaban las escenas ejemplares donde se destacaban relaciones tutelares en las que las mujeres enseñan o se dejan guiar por la lectura de

textos adecuados para su educación que no exaltaran su “naturaleza emotiva”. Es en esta sección del libro en la que se perciben de manera más evidente el vínculo de la lectura con las formas de sociabilidad dentro y fuera del hogar, los modos en que las acciones políticas estaban determinadas por esas prácticas de lectura y escritura, y la medida en que los textos definían los límites del mundo femenino.

Estos dos primeros capítulos trabajan con fuentes pictóricas y literarias, con misivas y textos de los periódicos del período estudiado. Cada una de las fuentes presenta aspectos que van completando de manera eficaz la imagen de estas mujeres y su lugar. El tercer capítulo es el que tiene una mayor proyección hacia el siglo XX. Allí, bajo el título “La lectora de novelas” se examina el pasaje de la concepción de la novela como material educativo (y por lo tanto sujeto a juicio moral y a censura) a material recreativo, y su estallido en textos tan diversos como el largometraje o la telenovela. En todos estos casos, las historias apelan a un público lector que, a principios del siglo XX, ya está consolidado y busca expresiones culturales en las cuales se vea representado. Para ese mismo momento, las mujeres habían ganado terreno en el campo de la escritura y podían proveer de material a otras lectoras ya sea en forma de semanarios, novelas, poemas o relatos. El capítulo explica que el caso de la novela presentó una preocupación particular por elaborar tramas en las que primara el sentimentalismo “que conspira contra el potencial crítico e intelectual” y que, a la postre, generara lectoras que vivirían en el mundo según las leyes de las novelas. En cada caso, el peligro era el distanciamiento del “ángel del hogar” –una figuración habitual de las mujeres en los escritos de las época– y su desplazamiento hacia un rol en el que primaban la pasión y el erotismo, porque en las páginas de las novelas no se aprenden principios morales sino “a *desear*”. De esta forma, la escritura de cartas y la lectura de novelas quedan vinculadas por su potencial erotizante y peligroso, al considerar que atentaban contra la moral familiar imperante en la Argentina, tanto en el siglo XIX como en el XX.

El capítulo marca, por otro lado, un cambio importante acorde a este nuevo público al que se busca satisfacer, que resulta la inversión de la escena de lectura que se planteaba en el comienzo del primer capítulo, en la cual el hombre de la casa leía para las mujeres. Ahora, en la lectura que el siglo XX hace del siglo XIX desde la pantalla grande (en películas como *Amalia* de Luis José Moglia Barth y *Camila* de María Luisa Bemberg), la mujer lee para el hombre; ya no es sujeto pasivo que recibe lecturas ajenas, sino un sujeto activo que elige qué y a quién leer, que hace circular los textos y define modos de sociabilización. De este modo, los tres capítulos recorren un arco de representaciones y prácticas, que se tensa al retomar esa escena reconfigurada y que permite proyectar hacia el futuro preguntas y cuestiones que están aún por responder.

El libro hace un recorrido prismático por un siglo convulsionado por las pasiones políticas y amorosas, y por los espacios privilegiados de la sociabilidad femenina, desplegando un abanico de materiales pictóricos, literarios, periodísticos, cotidianos, y cinematográficos que da cuenta de los modos de representación en Argentina y de sus vínculos con Europa. Si bien el estudio hace foco en la escena local, la conexión con producciones extranjeras de la misma época permite comprender hasta qué punto lo que se recorre son ideas regionales o de más amplia extensión. Las láminas incluidas en el anexo central, en sus detalles de formas y colores, permiten una apreciación más efectiva de los rasgos que la autora detalla y resalta.

Además de un estudio de las representaciones de la mujer lectora, este texto es una reflexión sobre los modos de conocer y sobre el valor del arte como fuente valiosa de la expresión de un mundo que, aún hoy, nos ha legado usos y costumbres, prácticas y reflexiones.